

CAPITULO XVI

TRABAJOS APOSTOLICOS DE LOS DOMINICOS.

1. El P. Guerrero entra en la Chinantla.—2. Predica el Evangelio en Petalcingo.—3. Informacion sobre la conducta de los dominicos.—4. D. Pedro de Piedra.—5. Fr. Diego de Carranza.—6. Su muerte.—7. Fr. Pedro de Feria.—8. Los chontales son de nuevo reducidos.—9. Auto de fé en Teitipac.

1.—Léjos de moderar su actividad por las multiplicadas adversidades que le habian perseguido, el P. Guerrero, luego que se vió superior de la casa de Villa-alta, pensó en dilatar el campo de su predicacion, comprendiendo en ella á los chinantecas juntamente con los zapotecas y mijes, para lo que contaba con nuevos auxiliares que le fueron remitidos de Oaxaca. Su energía increíble para perseguir ídolos, y el valor con que los despedazaba, á riesgo de sucumbir él mismo á manos de los idólatras, eran ya muy conocidos, y su nombre, llevado en alas de la fama, se habia hecho escuchar por todos aquellos pueblos, causando no pocas veces admiracion en el ánimo de los unos y terror en el de los otros. Los chinantecas, que se reconocian culpables, más aún que los zapotecas, al tener noticia de los ataques de Fr. Pedro al antiguo culto, no se dejaron dominar por la sorpresa ni por el miedo, sino por la indignacion y la ira. Formaban un pueblo arisco desparramado en las quiebras

de la montaña. Algunos de ellos habian recibido el cristianismo; pero otros muchos, no bien instruidos en los dogmas, ni del todo persuadidos de la verdad de la religion del Calvario, no pudiendo resistir la lógica de los predicadores, habian cedido un momento, recibiendo el bautismo, sin perjuicio de volver cuando pudiesen á sus viejas supersticiones. Estos últimos, unidos á los muchos otros que aun no estaban bautizados, fueron los que se ensañaron contra el animoso fraile. Dieron en sus pueblos la voz de alarma, y consultando entre sí el modo de librarse de aquel extranjero importuno, concertaron darle la muerte si se atrevia á dirigirse á ellos.

No fué necesario más que la noticia de tal preparacion de ánimo llegase á oídos de Fr. Pedro, para que empuñando la caña que le servia de báculo, llevase sus pasos á la provincia de Chinantla. Al llegar al primer pueblo, encontró á los indios alterados y dando muestras de algun criminal intento en la actitud reservada que habian tomado. El fraile se dirigió al templo á descansar. Una india se le acercó para avisar el peligro. "En la garganta, le dijo, de la montaña vecina, te esperan muchos determinados á darte la muerte: tienen ya el aviso de que has llegado y no dejarán de sacrificarte á su odio: vuélvete, no pases adelante, si no quieres perecer." Aquel aviso fué nuevo aliento que recibió Fr. Pedro para continuar su marcha, pues nada deseaba tanto como la gloria del martirio. Empuñó, pues, de nuevo su caña, y atravesando las calles desiertas del pueblecillo, se internó en la espesura de la montaña.

No muy léjos estaban, en efecto, escondidos los malhechores, armados con piedras, palos y espadas, resueltos á perpetrar el premeditado crimen. Desde su escondite, vieron que á lo léjos se acercaba el valiente sacerdote, apoyándose en su báculo y subiendo con dificultad las peñas del camino. El monje habia dado á su semblante una expresion de dulzura y de humildad inefable, miéntras con los

labios murmuraba fervorosamente las oraciones del rosario, que llevaba en la mano. Su hora suprema habia llegado, pues era el momento en que pasaba por la temible garganta; pero . . . los hombres de génio con su sola presencia imponen miedo á una revuelta muchedumbre. Tal vez aquellos fieros indios, acostumbrados á lidiar en sus batallas con la obstinada resistencia de fuertes enemigos, heridos súbitamente por el aspecto de mansedumbre del fraile, no atreviéndose á despedazar cobardemente al que se les presentaba indefenso y humilde como un cordero, reprimiendo su coraje y avergonzándose de sus homicidas designios, soltaron de repente las armas de la mano. Lo cierto es que todos huyeron, dispersándose entre los árboles del bosque. Fr. Pedro escuchó al pasar el ruido que hacian al huir sus enemigos; mas sin perturbarse, continuó su camino.

2.—Al pueblo de Petlalcingo, entónces grande y bien poblado, encontró sin un solo viviente á quien dirigir la palabra: todos sus habitantes habian huido al acercarse el sacerdote. Sin embargo, cuando se dirigia hácia la iglesia, vió que se le acercaba el hijo del cacique. Este jóven, aún de pocos años, dias ántes, cuando oyó que se trataba entre los suyos de dar muerte al religioso, noblemente se opuso, combatiendo con razones la inicua determinacion de que participaba su mismo padre; y cuando vió llegar á Fr. Pedro, léjos de huir como los otros, se llegó á él, le advirtió los peligros que corria, así como el temor del pueblo de ser terriblemente castigado por su apostasía. Como el sacerdote le dijese que era ministro de paz y que solo pretendia el bien de los indios, abrirles las puertas del cielo y jamás causarles daño, el mismo jóven corrió al lugar en que su padre, con los habitantes todos del pueblo, se habian refugiado, indicándoles que estaban asegurados de todo miedo y que tranquilamente podian regresar á sus casas.

Así, Fr. Pedro tuvo ya modo de dirigirles la palabra. Hizo presente á los indios los bienes que les habia hecho sacándolos de las breñas, reduciéndolos á pueblos, enseñándolos á andar vestidos y sobre todo á amarse como hermanos, cuando ántes, encendidos en odios mútuos, se despedaban y destruian en continuas guerras. Agregó que la religion que les predicaba era inofensiva, que no les arrancaba el corazon ni derramaba sobre las aras la sangre de sus venas, como exigian sus antiguos impíos dioses. “¿Por cuál de todos estos bienes me habeis aborrecido?” les preguntó. Los indios contestaron que sus *vejanas* les habian aconsejado que se escondiesen del bautismo y adoptasen la poligamia como ántes, repudiando á la única esposa que les permitia el catolicismo y disfrutando de su antigua libertad pagana. Fr. Pedro rebatió los errores que contenian estos conceptos, persuadió á los indios que volvieran al catolicismo, recogió los ídolos, los despedazó, y cuando no tenia ya que hacer, dió á Villa-alta la vuelta por los mijes, entre los que descubrió y destruyó nuevos ídolos.

Tal vez alguno dude que sean exactos estos hechos. Así lo refieren los historiadores contemporáneos y aún algunos constan en los archivos de los pueblos. Además, existen y están allí, en sus lugares, los pueblos chinantecas, zapotecas y mijes que fueron convertidos. Primero fueron idólatras y sus formas sociales eran apenas rudimentarias; despues fueron católicos y se agruparon en numerosos pueblos; el cambio no se debió á la fuerza: preciso es, pues, convenir en que fuese el resultado de la persuasion y de las fatigas de estos sacerdotes, beneméritos de la civilizacion y de la fé. Que los indios hubiesen opuesto alguna resistencia era natural; que no la hubiesen opuesto mayor, como lo hicieron otras naciones y como era de presumirse, atendida la pureza de la religion católica, las costumbres libres de los indios y su apego á los tradicionales usos y al antiguo culto, es cosa que los honra dejándolos ver más flexibles de carácter

de lo que se cree y más dóciles á la razon que el resto de los pueblos de la tierra.

3.—A pesar de a evidente abnegacion de los religiosos dominicos y de los sacrificios que hacian en favor de los indios, no les faltaban enemigos. Eran éstos, como ya se ha dicho, ciertos españoles sin ápice de moralidad, que no pudiendo disponer á su antojo de los tesoros y personas de los indios por la resistencia que hallaban en los frailes por deshacerse de ellos, primero los acusaron ante el obispo y la Audiencia de México; y siendo ineficaces estos medios, se dirigieron al Consejo de Indias y al rey de España, procurando desacreditarlos é infamarlos. Para vindicarse, Fr. Domingo de la Anunciacion, vicario provincial entónces, presentó al presidente y oidores de México un memorial, pidiendo se hiciese una informacion acerca de la conducta de sus súbditos en Oaxaca. El 9 de Noviembre de 1564 la Audiencia mandó, por auto, que las justicias de Antequera, San Ildefonso Villa-alta y cualesquiera otras á quienes correspondiese, recibiesen la informacion pedida, examinando los testigos, segun el tenor de un prolijo interrogatorio de treinta y seis preguntas que se les remitieron por escrito. Dos traslados de esta diligencia se conservaban en el archivo de Santo Domingo; ahora deben estar perdidos desde la exclaustracion de los frailes.

Se hacia constar en esta informacion, que los dominicos, en todos los domingos del año, reunian en los patios de los templos gran cantidad de negros para instruirlos, moralizarlos y socorrer sus necesidades, sin retribucion alguna (preg. 6); que con inmenso trabajo habian aprendido los idiomas de los indios (p. 11), los habian buscado en sus pueblos, recorriendo á pié los caminos, sin pedir otra recompensa que la comida (ps. 8 y 9), predicándoles el Evangelio, convirtiéndolos al catolicismo (p. 11), é inculcándoles juntamente la obediencia á las autoridades constituidas, co-

mo una necesidad religiosa y social, (p. 12); que sin reducirse á los límites de sus obligaciones religiosas, se habian extendido procurando algunos otros bienes á los indios, "enseñándoles á labrar las tierras, criar ganados, seda y grana y otras granjerías con que se sustentasen y pagasen sus tributos (p. 15); procurando que labrasen sus casas, las cubriesen y cercasen, obligándolos á dormir en alto, por las enfermedades que contraian si se arrojaban en el suelo como lo acostumbraban (p. 20); haciéndolos andar vestidos y limpios, señalándoles además un régimen alimenticio sano, para precaverlos de toda dolencia (p. 21); curando á los enfermos, recogiendo á los huérfanos, impartiendo proteccion á las viudas y ejercitando todas las obras de misericordia con amor y desinterés (p. 19); fundando escuelas en sus monasterios para los niños (p. 29); enseñando á los más crecidos oficios mecánicos, como de canteros, albañiles, carpinteros, sastres y otros (p. 22); levantando mesones y hospederías para que los viajeros tuviesen pronta comida y cabalgaduras (p. 23); componiendo poesías y cantares para hacer olvidar los de su gentilidad (p. 25), y esmerándose en las atenciones y cuidados que prodigaban á los caciques y sus hijos (p. 26); que los mijes y chontales se habian mantenido sin bautismo ni comercio con los cristianos, sin que nadie los hubiese podido domar, hasta que ellos los doctrinaron en la fé (p. 18); sacándolos de las "sierras, montes y barrancas á donde vivian apartados unos de otros como salvajes, en vicios, borracheras é idolatrías, y reduciéndolos á pueblos y repúblicas con policia humana" (p. 28); lo cual todo los habia hecho tan aceptos á los indios, que los vireyes y la Audiencia se servian de ellos para pacificar á los que se alzaban y mantener en quietud á los demás (p. 14).

En la pregunta 31 se hacia constar: "que los indios tenían por costumbre acudir á los religiosos á contarles sus miserias y trabajos, y los agravios que les hacian los enco-

menderos y otras personas, y á consolarse con ellos, y para que los amparasen y defendiesen; y como los religiosos eran informados, y lo entendian y sabian, y veian los malos tratamientos que sus encomenderos y otras personas les hacian: y se lo reprendian cristianamente, y les rogaban por bien, que no los maltratassen ni agraviassen: y quando esto no aprovechaba, daban noticia de ello á la Real Audiencia, y á las justicias más cercanas para que lo remediasen. Y era causa bastante entre ellos para aborrecer á los religiosos: y así estaban odiosos y malquistos: y procuraban los encomenderos de hecharlos de sus pueblos, levantándoles muchas infamias y afrentas: y procuraban testigos con que lo probar, criados y allegados suyos, y personas de mal vivir y de poca fee y credito y calidad, y apasionadas contra los religiosos, por las causas que están dichas."

En la pregunta 32 se informaban los jueces "como tambien estaban mal con los religiosos, les que andaban tratando y hechos vagamundos por los pueblos y entre los indios: tomándoles por fuerza y en su casa las tortillas, frutos y aves para comer y para se lo llevar, y las mantas y lo que tienen, quebrándoles las puertas y aun las cabezas, y los árboles frutales: y forzándole sus mujeres é hijas: y hacíanles llevar por fuerza y sin paga sus cargas, y lo que les hurtaban y robaban. Y por que los religiosos procuraban de los defender de lo dicho, y de otras muchas fuerzas y agravios: y daban de ello cuenta á la Audiencia real y á las justicias cercanas, para que lo remediasen, estaban mal con ellos, y odiosos y aborrecidos con todos estos."

En la pregunta 34 se hacia constar, "como los españoles y otras gentes, especialmente encomenderos, y los que andaban tratando, y vagamundos y viciosos entre los indios, decian, que si los Religiosos quisieran, y los dexaran vivir, y no los persiguiesen, y no les fuessen á la mano: que estarían muy bien quistos, y estimados, y honrados de todos ellos."

En la 25 se afirmaba, que si los religiosos no eran aceptos á los españoles, sí lo eran á los indios, quienes los deseaban, porque no les eran molestos ni gravosos; y que si alguna vez decian los indios lo contrario, era por la violencia que les hacian los encomenderos y otras personas por intereses particulares, que no conseguirían sin expeler primero á los frailes que con todas sus fuerzas los defendian, como era público y notorio, segun se demostraba en la pregunta 36.

Tal vez fué la práctica de esta diligencia el motivo de una Cédula de Felipe II que trae Remesal,¹ prohibiendo á las justicias hacer informaciones sobre los regulares (el 5 de Junio de 1565) y de que poco despues Pio VI en su bula *Decet Rom. Pont.* prohibiese á los jueces seculares hacer libelos ó procesos contra los religiosos de Indias.²

4.—No por estas persecuciones desmayaban los dominicos, ántes bien, miéntras por un lado se defendian con entereza de las imputaciones injuriosas de los encomenderos, por otros lugares hacian entre los indios entradas útiles aunque llenas de peligros. Se ha dicho ya que por inspiracion del Sr. Obispo Zárate, los vireyes habian fundado la Villa de Santiago de NeJapan, compuesta de treinta familias españolas. El sitio era malsano: además, los vecinos vivian en continuo sobresalto por la cercanía de los mijes y de los chontales, que los obligaban á estar siempre con las armas en la mano. Quisieron por esto repetidas veces desamparar el lugar; mas la autoridad los contuvo, pues comprendia cuán importante era sostener allí un presidio militar que tuviese á raya á aquellos indios indómitos.

A los chontales habia conquistado Maldonado "el Ancho," por la superioridad de sus armas, aunque no tan completa-

¹ Remesal, lib. 10, cap. 13, núm. 3.

² Levanto. MS. fols. 59 y sigts.

mente que no hubiesen vuelto á su primitiva libertad, luego que las fuerzas extranjeras salieron de sus terrenos. En Nejapan pagaban el tributo que se les habia señalado; pero cada día se manifestaban más remisos en el cumplimiento de esta obligacion; las autoridades de la villa nombraron juez á un vecino de alma dura, llamado Pedro de Piedra, facultándolo para que entrase en sus terrenos cobrándoles lo que adeudaban. Los chontales no sufrieron la aspereza de este desgraciado español: tan pronto como se desmandó, lastimándolos con la primera injuria, se apoderaron de él, lo hicieron cuartos y se lo comieron, celebrando un festin para el que convidaron á las rancherías inmediatas. La misma suerte hubieran sufrido los compañeros de Piedra, si no se ponen en salvo á toda prisa.

Este acontecimiento impuso miedo á los vecinos de Nejapan y á los de la ciudad, cuyas autoridades resolvieron irse con tiento y no emprender reconquistar á estos indios por la fuerza, por temor de estrellarse, ya en su condicion indomable, ya en la fragosidad del terreno que poseian por sí solo defendido. Con prudencia, pues, se les redujo á la promesa de pagar por sí mismos el tributo castigando apenas á los autores de aquel crimen. Y en efecto, cada año, fieles á su palabra, llegaban á Nejapan en tropa, imponiendo siempre miedo á los españoles la presencia de aquellos hombres membrudos, tostados al sol, casi desnudos, con alguna piel de tigre atada á la cintura, el cabello largo, pendientes del hombro el carcax y el arco. Recibia el alcalde los tributos que ofrecian y los despedia con agasajo, volviendo ellos luego á sus leoneras, á donde no se atrevia á llegar ningun ministro seglar ni eclesiástico.

Cuando el virey encomendó á los dominicos la doctrina de Nejapan, tuvieron valor algunos frailes para acercarse á los chontales; mas siempre fueron recibidos con desagrado. Bajo una enramada, que servia de iglesia, prevenian al sacerdote tortillas, y en un tiesto habichuelas condimentadas

á medias para que comiese; mas ningun indio comparecia. Cuando el monje los hacia buscar, si por suerte se encontraba alguno en sus barrancas, contestaba éste al llamamiento: "Decid al sacerdote, que coma y que se vuelva: por hoy no tenemos necesidad de su misa." De esta manera perseveraron muchos años, hasta que se determinó á permanecer con ellos Fr. Diego de Carranza.

5.—Era este un jóven español que habia llegado á México en busca de caudal, pero que cambiando de parecer, renunció á sus esperanzas de fortuna, tomó el hábito dominicano y se hizo notable en Oaxaca por la propiedad y correccion con que hablaba el idioma zapoteca. Hallándose en Nejapan, observó el temor que inspiraban los chontales y el consiguiente retraimiento de los frailes, que no osaban pernoctar entre aquellos indios. La dificultad misma de predicarles el Evangelio, que oian con tanta repugnancia, fué un estímulo para el animoso fraile. Obtuvo licencia de los superiores para acometer la peligrosa empresa, y empuñando el báculo, única ayuda que se permitian los regulares en ese tiempo, se dirigió sin acompañamiento á los temidos indios.

Al llegar á sus guaridas, por señas y hablando en mexicano hizo entender su determinacion de quedarse con ellos para enseñarles el camino del cielo. No quisieran los indios tanto amor, ántes bien, para manifestarle su desagrado, lo desampararon de comun acuerdo, internándose en sus montañas, sin dejarse ver en muchos días. Raíces y hierbas crudas fueron entónces el único alimento del fraile, que no por eso desmayó en su propósito. Acaso, se le aparecia de tarde en tarde algun compadecido que le ofrecia tortillas y pimientos: se regalaba entónces Fr. Diego con aquellos manjares groseros que le parecian exquisitos, y aprovechaba la oportunidad para recoger algunas palabras del idioma chontal, que procuraba grabar firmemente